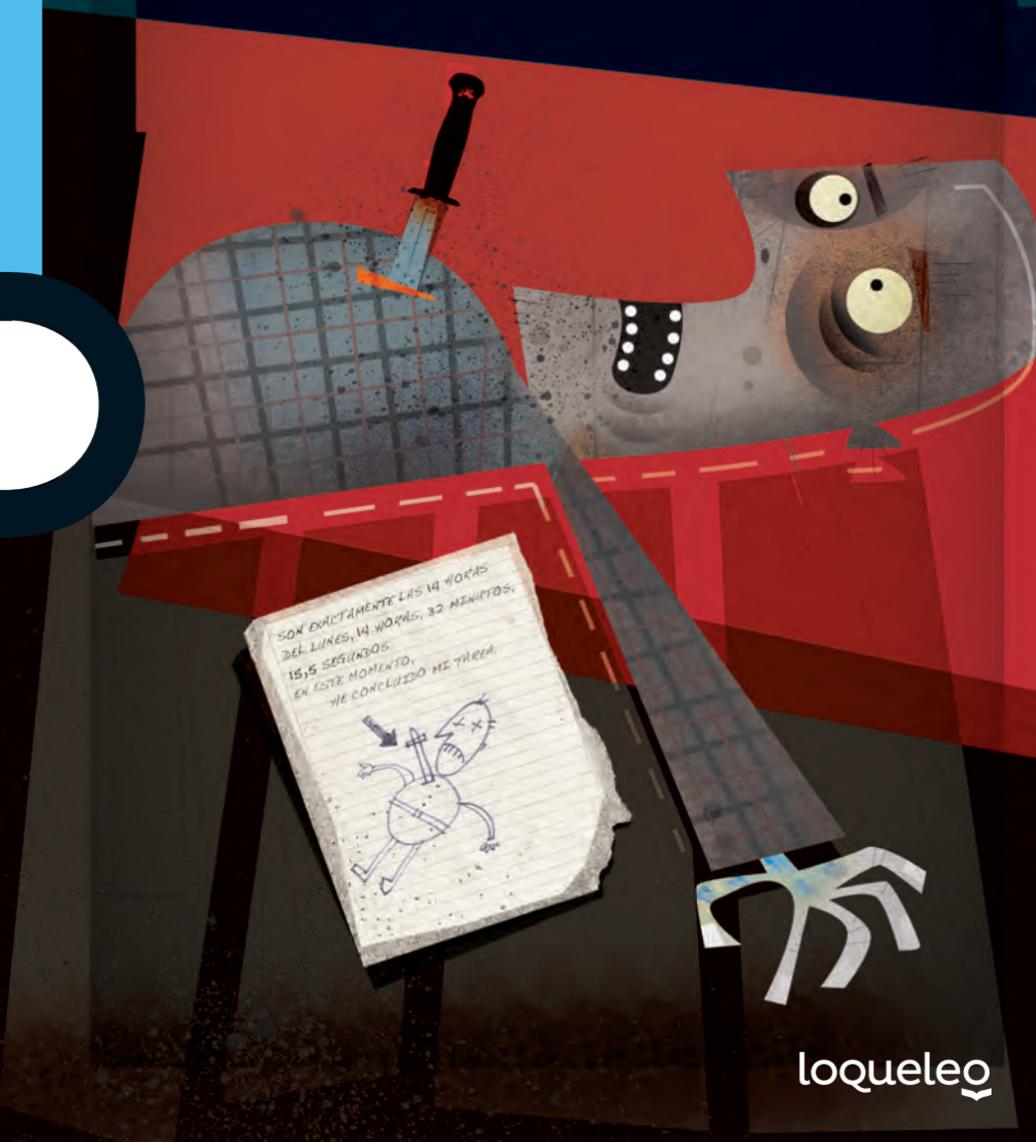


Los dos Giménez

Griselda Gambaro



SON EXACTAMENTE LAS 14 HORAS
DEL DÍAS, 14 HORAS, 32 MINUTOS,
15,5 SEGUNDOS
EN ESTE MOMENTO,
ME CONCLUÍDO MI TAREA.





www.loqueleo.santillana.com

© 2010, GRISELDA GAMBARO
© 2010, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4372-2
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: ROBERTO CUBILLAS

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Gambaro, Griselda

Los dos Giménez / Griselda Gambaro ; ilustrado por Roberto Cubillas. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

128 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4372-2

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Cubillas, Roberto, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Los dos Giménez

Griselda Gambaro

Ilustraciones de Roberto Cubillas

loqueleq

Todo parece tranquilo, incluso aburrido, y de pronto suceden hechos inesperados que caen sobre las personas como vendavales arrasadores. Así sucedió en Pico Dormido, un pueblo cuya paz solo era turbada por los ladridos de los perros a la hora de la siesta, el tránsito de los coches dando vuelta a la plaza los sábados a la tarde y las grescas de los borrachos la noche del mismo día.

Cuando pensamos, efectivamente, que nada alterará las costumbres ni la convivencia, cualquier hecho de siniestra naturaleza nos despierta del sopor y nos obliga a permanecer con el alma en un hilo.

El primer crimen en Pico Dormido —donde no se guardaba la memoria de ninguno— se produjo durante la siesta de un lunes de enero, después del mediodía.

La hora de la muerte de esa primera víctima se determinó con precisión: fue a las 14 horas, 32 minutos, 15 segundos y medio.

Esto se supo, no por los resultados de la autopsia –nunca tan exacta en minutos y segundos, incluso ni siquiera en el cálculo de las horas–, sino porque una tarjeta de cartón grueso arrimada a un costado del cadáver proporcionaba la información correspondiente.

La tarjeta decía con letras mayúsculas: “SON EXACTAMENTE LAS 14 HORAS DEL LUNES, 14 HORAS, 32 MINUTOS, 15,5 SEGUNDOS. EN ESTE MOMENTO, HE CONCLUIDO MI TAREA”.

La tarea se refería, con toda evidencia, a la inserción de un puñal, clavado profundamente en el pecho (a la altura del corazón) de un individuo de sexo masculino y contextura robusta.

Para mayor claridad, una flecha en el cartón señalaba hacia abajo donde, en la parte inferior, el asesino había dibujado de una manera muy tosca una figura yacente con un puñal en el pecho.

La tarjeta no estaba firmada (obviamente) y como se comprobó después, tampoco presentaba huellas digitales, ni siquiera la de un medio pulgar.

El cadáver yacía de espaldas al suelo, con un brazo extendido, el otro doblado hacia el hombro en una posición que en circunstancias más felices no hubiera carecido de encanto. Era don

Diego Iñíguez, un hacendado del pueblo, criador de caballos de polo, poseedor de una gran fortuna que no era heredada ni provenía de los caballos de polo, sino de préstamos que concedía a intereses exorbitantes. Medio pueblo le debía plata.

Iñíguez, de estado civil soltero, tenía unos cincuenta años y bebía cerveza en cantidades, lo que le había producido una barriga importante que desde el suelo sobresalía como una montaña, más que el puñal que tenía clavado en el pecho.

Aparte de la barriga, Iñíguez era reconocible porque, mientras vivió, nunca se separaba de sus guantes. Tanto en invierno como en verano, en primavera y otoño, los usaba para ocultar las ronchas de un sarpullido que le atacaba las manos. Contrariando esta costumbre, Iñíguez no los llevaba en oportunidad del crimen; más tarde, cuando se inició la investigación, se comprobó que los guantes estaban en la caja fuerte.



El cadáver no se descubrió ese día, lunes, en que por casualidad ningún polista se interesó en adquirir un caballo ni ningún deudor se presentó a pedir gracia.

Fue la mujer que limpiaba la oficina quien descubrió el cadáver al día siguiente, martes, cuando apareció con sus bártulos (cepillo, escoba, balde y enceradora) a las nueve de la mañana.

Empujó la puerta y no se asombró de hallarla abierta; el señor Iñíguez por lo general se le adelantaba, abría la oficina muy temprano y luego se iba a tomar un café en el bar de la esquina. No temía a los ladrones; nunca había sufrido un percance (salvo el último, fatal).

Ella entró canturreando, sin que la asaltara ningún presentimiento, y a los dos pasos se encontró con tamaña sorpresa. La voz se le estranguló en la garganta.

En la comisaría de Pico Dormido, a la que la mujer acudió corriendo, pálida y profiriendo alaridos, el agente de turno no entendió al principio qué ocurría.

—Un cri... un cri... ¡Un cri-cri...! —gritaba la mujer en medio de su conmoción.

El agente, en lugar de tranquilizarla, le dirigió una mirada acusadora, suspicaz en extremo.

¿Por qué el agente procedía así? Tenía sus razones. Se llamaba José Malpede y desde su infancia su apellido le ocasionaba disgustos. Sufría mucho porque siempre temía que, deliberada o inadvertidamente, por humillantes asociaciones alguien cambiara la inofensiva “e” final por una “o” vergonzosa. Ni con los años se había acostumbrado y había adquirido el hábito de dirigir miradas suspicaces a su interlocutor cuando cualquier persona lo interpellaba, aun para saludarlo. Por lo demás, era un buen hombre, tímido en el fondo, aunque fingía una prepotencia feroz cuando repartiendo golpes lidiaba con los borrachos.

En esta ocasión, la mujer no lo llamó de ningún modo, pero él le dirigió su mirada suspicaz que, si cabe, la puso más nerviosa. Ella lloraba, lanzaba gritos ahogados y trataba de explicar algo que al agente le resultaba incomprensible.

Al verla tan trastornada y ya tranquilo en lo referente a su apellido —a ella ni se le ocurriría hacerle una broma al respecto—, él abandonó su mirada suspicaz, le ofreció una silla y luego le alcanzó un vaso de agua que la mujer bebió a medias y a medias derramó sobre el delantal gris que usaba como uniforme.

Cuando el agente entendió por fin que tenía un cadáver en vista, mejor dicho en la oficina

del hacendado, tomó sin dilación el teléfono. Marcó el número del comisario Epiconsaitt, a cargo del destacamento.

En este punto es necesaria una aclaración.

El comisario Epiconsaitt tenía poca práctica en crímenes, dado que en el pueblo no se había producido ninguno. Sólo había un robo cada tanto y las peleas de borrachos las resolvía por su cuenta el agente Malpede, que a pesar de su buen carácter siempre procedía repartiendo bastonazos.

Así, antes del crimen de Iñíguez, el comisario se limitaba a aparecer con su ayudante personal en los actos públicos, la iniciación del año escolar, la celebración del aniversario de la fundación de Pico Dormido, que no se sabía bien cuál era, pero que por comodidad y para simplificar las cosas, se había decidido fuese el 25 de Mayo, aunque de un año impreciso. Sobre el año los pueblerinos no se habían puesto de acuerdo, algunos pretendían que había sido el mismo de la fecha patria, 1810, otros 1811, y una minoría, el comienzo del gobierno de Perón. Para evitar discordias mayores, dejaron el año de la fundación del pueblo en la incógnita y cada uno festejaba el que quería.

Bien, como dijimos, el comisario aparecía puntualmente en esas celebraciones en compañía de su ayudante, pero sólo cada tanto se asomaba

por la comisaría. El ayudante, de apellido Giménez, era utilizado en mandados, tareas de jardinería y reparaciones en casa del comisario, quien, sin embargo, no se lo agradecía para nada y lo humillaba a la menor ocasión. Procedía de esta manera con gusto, y justificadamente según su criterio, porque consideraba a Giménez torpe y muy corto de inteligencia. Jamás entendía una orden.

Como se verá después, al comisario Epiconsaitt, con el crimen de Iñíguez y su falta de experiencia, le había caído un problema muy gordo. Trabajo extra, preocupaciones, horas sin dormir, angustia, todo eso le había caído encima como una fatalidad.

En la comisaría, el agente de turno Malpede, después de varios intentos frustrados, renunció a comunicarse por teléfono (no funcionaba). Resolvió cortar por lo sano: dirigirse a la casa del comisario, que quedaba a pocas cuadras, e informar personalmente.

La mujer de la limpieza, aún no repuesta de su susto, pidió otro vaso de agua, que bebió con ansiedad, y permaneció esperando en la comisaría.

—¡No se mueva! —le ordenó el agente como si emplazara a un delincuente, y la mujer se

mantuvo tiesa en su silla, estupidizada, estrujándose las manos y con la visión imborrable del cadáver ensangrentado.

El agente pulsó el timbre de la casa del comisario y al percibir que no funcionaba (como el teléfono) aporreó la puerta con los puños.

El comisario era viudo y vivía solo; aún dormía. Se había acostado pasada la medianoche, entretenido en el principal bar del pueblo, el San Guchito, en una partida de truco.

Los golpes en la puerta de entrada lo despertaron. Se levantó con malhumor y la cabeza pesada. No obstante, se apresuró a vestirse mientras el agente exponía lo sucedido. Con cada prenda el agente completaba la información.

El comisario se ponía la camisa y el agente decía:

—Un crimen.

Mientras se ponía las medias, el comisario preguntaba:

—¿Dónde?

El agente contestaba:

—En la oficina de Iñíguez.

Con el turno de los zapatos, le pregunta fue:

—¿Quién resultó víctima?

La respuesta:

—Iñíguez.

Con la corbata:

—¿Qué fue?

La respuesta:

—Un asesinato.

Cuando terminó de vestirse, el comisario tenía una idea aproximada del hecho y ya estaba decidido a comenzar la investigación. Resolverla era otro asunto.

En la comisaría, y en presencia del agente de turno y del ayudante Giménez, que tomaba notas en un cuaderno, el comisario Epiconsaitt comenzó la investigación. Adoptó un aire paternal e interrogó a la mujer, a la que veía muy asustada. Con mucho esfuerzo y sacándole las palabras a cuentagotas, consiguió que le resumiera el caso.

Ella cambió un poco las circunstancias. En lugar de las nueve, dijo que había llegado a las ocho. Todos los días, a excepción de sábados y domingos, llegaba a las ocho de la mañana para sus tareas de limpieza; trabajaba hasta la una. Después se iba a su casa, a preparar la comida para sus hijos que venían de la escuela. Hacía una comida rápida porque a las dos corría de nuevo a limpiar. Cuando terminaba, cuidaba a un señor enfermo.

Ella se iba por las ramas. El comisario mantuvo el tono paternal aunque la irritación lo invadía.

—Llegó a las ocho, ¿y qué ocurrió?

—En ese momento nada. Ya estaba todo cocinado.

Dijo que como de costumbre había comenzado a barrer y que de pronto la escoba había tropezado con un bulto.

¡El mismísimo señor Iñíguez convertido en cadáver!

Y para colmo, con un puñal en el pecho.

De lo que sucedió después no recordaba mucho. Se había asustado, había volteado el balde con agua, se llevó la enceradora por delante y a los gritos había escapado de la oficina.

—No perdamos más tiempo —dijo el comisario Epiconsaitt, interrumpiéndola.

Se incorporó de su sillón detrás del escritorio y se encaminó a la puerta.

En el apuro, el comisario ni pensó en utilizar el patrullero que guardaba en el garage de su casa y que sólo sacaba para pasear los domingos. Con su ayudante Giménez, al que consideraba tonto, y el agente de turno Malpede corrieron hacia la escena del crimen.

A los pocos pasos, el comisario Epiconsaitt dio media vuelta y todos juntos regresaron para recoger a la mujer de la limpieza, que había permanecido en su silla.